

La fe nace en la Iglesia, conduce a
ella y vive en ella.

Aunque la fe es un acto eminentemente personal, no es el resultado de mi reflexión solitaria, no puedo construir mi fe en un diálogo privado con Jesús, porque la fe me ha sido dada por Dios a través de una comunidad que es la
IGLESIA

Es en el Bautismo que comienza nuestro camino de fe, aceptando las tres preguntas que hace la Iglesia.

¿Crees en Dios Padre Todopoderoso?

¿Crees en Jesucristo su único Hijo?

¿Crees en el Espíritu Santo?

Y este camino continúa a lo largo de la vida.

Al concluir las promesas del Bautismo, el celebrante dice: “Esta es nuestra fe, esta es la fe de la Iglesia que nos gloriamos de profesar en Cristo Jesús Nuestro Señor”



Nuestra fe es verdaderamente personal,
sólo si es a la vez comunitaria.



La Iglesia primitiva recibe la fuerza para llevar a cabo la misión que le ha confiado el Señor Resucitado.

(Cf. Hch. 2, 1-13)



En los Hechos de los Apóstoles, se relata el discurso que Pedro pronuncia en el día de Pentecostés. Comienza con el pasaje del profeta Joel (3,1-15)
(Cf. Hch. 2, 14-21)

ASÍ COMIENZA EL CAMINO DE LA IGLESIA.

El Concilio Vaticano II nos recuerda:
“Fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y sirviera santamente.

(Const. Dogm. Lumen Gentium, 9)

La Fe es una virtud teologal, dada por Dios, pero transmitida por la Iglesia a lo largo de la historia.

La fe se fortalece dándola.

- Si la Biblia contiene la Palabra de Dios.
- La Tradición de la Iglesia la conserva y la trasmite fielmente, para que las personas puedan enriquecerse con sus tesoros de gracia.
- Es en la comunidad eclesial donde la fe personal crece y madura.

Los que habían vivido la fe en Cristo resucitado, fueron llamados a convertirse en un punto de referencia para todos los demás, poniéndolos así en contacto con la Persona y el Mensaje de Jesús, que revela el rostro del Dios vivo.

Esto también vale para nosotros.

Un cristiano que se deja guiar y formar poco a poco por la fe de la Iglesia, a pesar de sus debilidades, sus limitaciones y sus dificultades, se vuelve como una ventana abierta a la luz del Dios vivo, que recibe la luz y la trasmite al mundo.

Juan Pablo II en la encíclica
Redemptoris Missio afirmó:
“La misión renueva la Iglesia,
refuerza la fe y la identidad
cristiana, da nuevo entusiasmo y
nuevas motivaciones”.

La tendencia a relegar la fe al ámbito privado, contradice su propia naturaleza. Tenemos necesidad de la Iglesia para confirmar nuestra fe y para experimentar los dones de Dios.

La fe nos llama a ser Pueblo de Dios,
a ser Iglesia, portadores del amor y
de la comunión de Dios para toda la
humanidad.

(Cf. Const.Dogm.Gaudium et Spes, 1)